

GEOGRAFÍA E HISTORIOGRAFÍA CLÁSICA: EL EJEMPLO DE POLIBIO*

Gonzalo Cruz-Andreotti, Universidad de Málaga.

El helenismo, y el avance substancial que significó en cuanto a la fijación y desarrollo de las llamémosles para entendernos «disciplinas» sociales y científicas, ha contribuido de manera decisiva a introducir en la contemporaneidad una buena dosis de optimismo a la hora de buscar en él nuestras raíces culturales. Así, la abundancia de reflexiones teóricas y metodológicas en relación a los distintos géneros literarios y científicos, así como la asunción de una tradición originaria, unos límites, unas funciones y unos objetivos para cada uno de ellos, y todo en marcos de debate más «profesionalizados» (como las Academias y Bibliotecas) (1), llevó

a pensar —con todos los matices que se quieran— que ahora sí estábamos ante un momento cultural (en sus distintas facetas) que podía responder a nuestras expectativas. Aún ronda por nuestras cabezas ese tópico de la Razón que pretendía distinguir la civilización clásica de la cultura inmediatamente anterior (la oriental o la arcaica) o posterior (la tardoantigua o la medieval), estableciendo un largo puente que la llevaba hasta el pensamiento ilustrado y, de aquí, a nuestros días.

Si tales consideraciones son en buena medida discutidas al menos en términos generales, todavía en aspectos parciales y en determinados cam-

RESUMEN

Se hace un repaso de la geografía antigua hasta el período helenístico haciendo hincapié en su naturaleza histórica. Esto nos lleva definir el concepto de progreso aplicado al avance de la geografía en la Antigüedad, ejemplificándolo en el caso de Polibio. El historiador de Megalópolis constituye un ejemplo paradigmático de cómo asumir lo más útil de la geografía matemática sin abandonar la consideración esencialmente histórica del espacio, huyendo así de cualquier esfuerzo de abstracción que desvirtúe dicha naturaleza. Este carácter heterogéneo de la geografía antigua es lo que define verdaderamente su naturaleza científica.

PALABRAS CLAVE

Geografía Griega - Historiografía Griega - Cartografía Antigua - Hecateo - Heródoto - Eratóstenes - Polibio - Estrabón.

SUMMARY

This paper presents a synoptic overview of Ancient Geography up to the Hellenistic Age but focusing on its historical side. Thus, we have been forced to deal with the notion of progress of Ancient Geography. The work of Polybius is illustrative of how it is possible to take the most useful data from mathematical Geography and to combine them with a historical approach. With this effort, he could thus avoid any abstraction which might have spoiled the nature of his work. In sum, this heterogeneous character successfully defines the scientific nature of Ancient Geography.

KEY WORDS

Ancient Geography - Ancient Historiography - Ancient Cartography - Hecateus - Herodotus - Eratosthenes - Polybius - Strabo.

pos (como el de la geografía y la cartografía) se tienen serias reticencias en poner en cuestión esos «fuertes lazos» con la modernidad; en el caso que nos ocupa sería la cartografía ese nexo de unión, máxime cuando la época tardoantigua y medieval cristiana ha sido considerada una regresión en lo que al avance de ésta se refiere (2). Por el contrario, si partimos del hecho indiscutible de que la producción escrita de griegos y romanos es, antes que nada —y en muchos casos sobre todo—, literatura, deberemos también matizar estos planteamientos incluso cuando de ciencia se trata, y en especial cuando hablamos de una geografía que voluntariamente se somete al empirismo de la geometría matemática.

No pretendemos hacer aquí un ensayo crítico de Historia de la Ciencia, en particular la geográfica, lo que nos llevaría a repetir lo que otros han hecho ya y mejor (3), pero si profundizar en algunos aspectos singulares de la geografía antigua, y por extensión de la percepción del espacio, lo que nos ayudaría a entender su especificidad a la vez que su heterogeneidad, y a comprender mejor las aporías —para nosotros aparentes— de una literatura que conoce tantas variables como necesidades de entender el espacio; y lo queremos hacer además estudiándola en el contexto de su incardinación con la historiografía, en un momento y a través de un autor —Polibio— que representa tradicionalmente un hito en cuando a la definición de la Historia como ciencia.

I. A Heródoto se le ha llamado y se lo sigue haciendo al menos en ámbitos de divulgación y estudiantiles el «Padre de la Historia», en feliz definición de J.L. Myres (4): en él hemos buscado las diferencias con las visiones del pasado anteriores que son definidas como «míticas»; establecemos las comparaciones consecuentes con la «racionalidad» jonia de la que emana; destacamos las claves teóricas de su «pensar historiográfico» y concluimos como inevitables «rémoras del pasado» aquello que no nos cuadra en el avance de su Historia como género diferenciado.

Igualmente, y por esta razón, también se ha hablado y mucho de su papel como precursor de la geografía, cartografía y etnografía antiguas, al menos a lo que a la Historia se refiere. De hecho ha sido y es bastante corriente acompañar las ediciones y los estudios herodoteos con una serie de mapas de la «ecúmene en tiempos de Heródoto» o, simplemente, «del mapa de Heródoto», como si nuestro autor articulara sus excursos geográficos acompañado en su mesa de trabajo de una representación gráfica de esa «nueva ecúmene» que les estaba presentado a los griegos: a esta consideración colaboró bastante el viejo trabajo también de

Myres (5) —por otro lado cargado de intuiciones aún válidas— sobre los distintos mapas que usó el historiador de Halicarnaso (vid. Fig. 1). A partir de aquí, la asociación historia —geografía— cartografía, y su «progreso o avance» unido al «progreso» historiográfico y de los «descubrimientos geográficos», ha sido una consideración bastante común entre los estudiosos de ambos «géneros» en la Antigüedad.

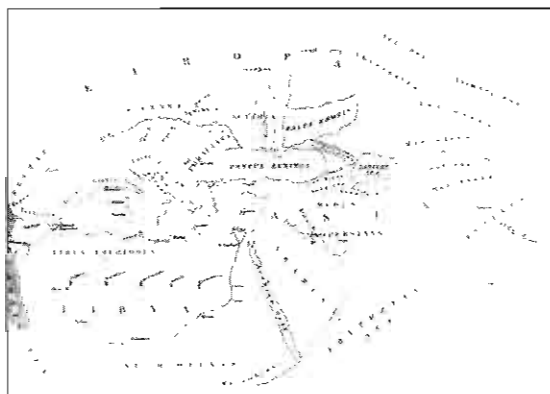
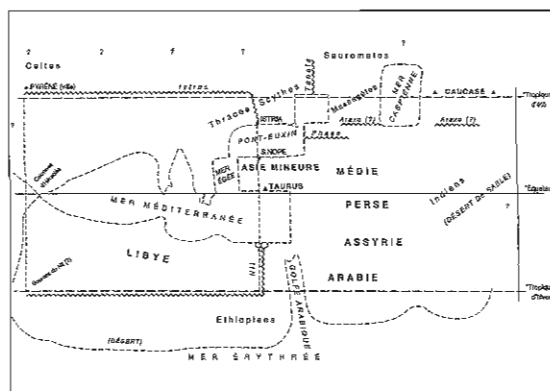


Fig. 1. Mapas de Heródoto (6).



Es innegable que el desarrollo de la colonización greco-fenicia (y el conjunto de intereses que genera), o el mismo fenómeno de las guerras médicas (con su consecuente reconocimiento analítico y confrontación con otras sociedades y con otras culturas), hicieron emerger una situación nueva que había que describir y explicar; se hacía imprescindible, por tanto, entender unos ámbitos geográficos resultantes (naturales y etnográficos) que por lo pronto superaban los ya estrechos límites del Egeo, y aclarar sus similitudes y diferencias, también como mecanismo de autoafirmación histórico-geográfica. Esto es lo que hace Hecateo en su *Periégesis* —verdadero precedente de la obra herodotea, también en lo que a geografía se refiere— tras desmitificar la periferia del espacio griego: describir ciudades, etnias y pueblos en el marco de una nueva y racional delineación global de la ecúmene, aunque conserva el círculo homérico como figura perfecta de su proyección cartográfica (7) (Fig. 2).

Fig. 2. La visión de la ecúmene de Hecateo (8).



Sin esta colonización y sin la experiencia marinera y viajera acumulada durante varios siglos por los griegos, no hubiera sido posible el surgimiento de una geografía en la que aquella está permanentemente presente: del viaje se extraerá el grueso de los datos empíricos, así como el fundamento de la técnica constructiva y descriptiva del mapa, delineado aquél a partir de la yuxtaposición o continuación de caminos, o siguiendo los caminos entre los accidentes del recorrido, eso que Pietro Janni (9) ha definido como «espacio odológico» (10). Pero sus resultados pasarán además por el filtro de esa vocación universal e histórica que la geografía posee desde sus comienzos, y que transformará un cuadro corográfico en una descripción propiamente geográfica; y, también, quedarán supeditados a una aproximación intelectual y psicológica que igualmente Pietro Janni ha llamado magistralmente «visión cualitativa del espacio», es decir, un punto de vista en el que prima reconocer las cualidades que observamos nosotros de los lugares antes que su mera descripción cuantitativa (11).

La geografía, por tanto, lejos de constituir la traslación mecánica de la práctica marinera en la que se basa, es un instrumento más de autoafirmación cultural helena, al igual que la historia. La conocida anécdota de Aristófanes (12), en la que un ciudadano ateniense manifiesta su extrañeza de que un mapa represente la totalidad de la superficie del Ática, es suficientemente elocuente de una percepción del espacio presidida por lo inmediato y cotidiano frente a cualquier abstracción, que se reserva para el campo de lo intelectual. La geografía, resumida a través del mapa pero no limitada a éste, no deja de ser por

tanto el intento de presentarnos global y armónicamente la forma del mundo conocido e históricamente delimitado, al igual que la filosofía jonia poco antes había hecho lo propio con el universo en su conjunto, resultado de una pura especulación analítica.

Por esto, la geografía de Hecateo o Heródoto es, antes que nada, una geografía histórica, porque esencialmente transmite la experiencia histórica del espacio a través de su análisis intelectual. La clave para entenderla es que siempre tiene presente esa idea dinámica del espacio, susceptible de ser transformado por la acción política —en el más amplio sentido de la palabra— y dependiente de la experiencia histórica del hombre (13). Por encima de todo está la consideración optimista de la sociedad poliada como modelo de desarrollo que supera cualquier determinismo geográfico, por más renuente que este sea; la fe positiva en la capacidad de la *pólis* para articular el equilibrio social y natural imprescindibles para el óptimo desarrollo de la vida humana es una constante que no se trunca hasta Platón. Es el conocido debate en círculos hipocráticos y sofistas —y que conoce perfectamente Heródoto— sobre la capacidad de la *sophía* y el *nómos* frente a la *Physis*, y en donde lo genuinamente geográfico o etnográfico en su vertiente más determinativa se deja para sociedades sin estado u organización política compleja, más alejadas en el tiempo y en el espacio (14).

II. Y con esta herencia llegamos a la época helenística que, de todos es sabido, es el período clave en la formación de la cultura antigua tal como nosotros lo conocemos. De la misma manera que se produce lo que podríamos llamar una creciente y definitiva globalización política, también en la literatura y las ciencias se asiste a una profunda renovación temática y metodológica, lo que implica —entre otras cosas— la definición de géneros literarios y científicos a partir de la asunción de una tradición disciplinar, de un corpus teórico y de unos objetivos, alrededor de centros de discusión que aceleran la difusión de textos e ideas (15).

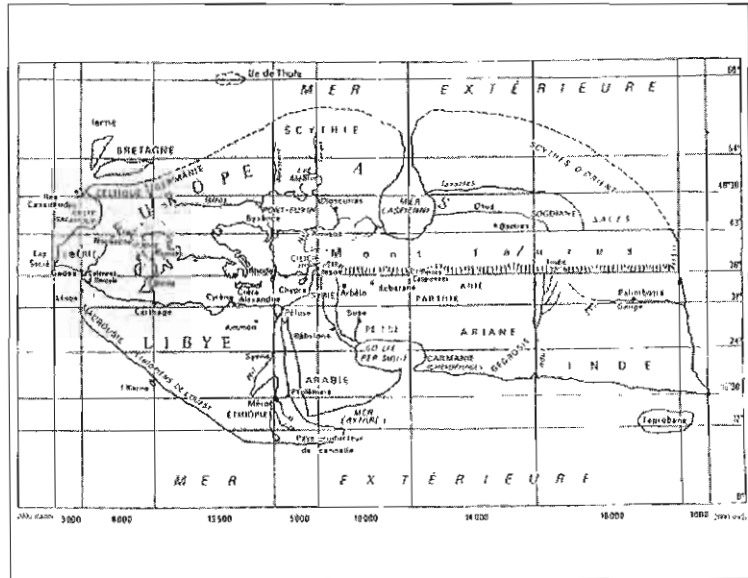
Esto afectaría profundamente a la geografía que, espoleada por los avances de la astronomía esférica, encuentra unas bases sólidas de discusión y revisión científica en la geometría matemática, a la vez que actualiza sus fundamentos creando una tradición disciplinar (16). Dichas bases estarán indisolublemente unidas a la posibilidad de elaborar, rectificar y rediseñar el mapa a partir de su articulación dentro de una parrilla de meridianos y paralelos, verdadera revolución del saber geográfico inaugurada por Eratóstenes; éste es quien acuña el término *geographia*, asociándola definitivamente

con su representación, y el primero que discute los que pueden ser considerados geógrafos, lo que se incluye y se excluye del estudio geográfico, y el que convierte el mapa al principal instrumento de síntesis, explicación y rectificación de la tradición geográfica. Un mapa que es el resultado de la combinación de un saber empírico —abrumador para estas fechas— con unos datos de orden astronómico y climático muy escasos, adecuadamente organizados con un punto de vista especulativo y analítico, hasta llegar a configurar una estructura presidida —una vez más— por un orden que busca la simetría y la armonía de las partes, y que subordina el detalle corográfico al equilibrio y la homogeneidad del conjunto, tal como podemos ver en el mapa de la Fig. 3 (17).

Pero, con todo, el conjunto de la práctica geográfica va por otro lado, más interesada en seguir los pasos de la reflexión histórica: Eratóstenes y su escuela no consiguen agrupar a la geografía en un uso literario y científico común (19). Con todo, a partir de ahora se toma conciencia de la enorme diversidad espacial existente en un mediterráneo también políticamente diverso; de hecho, es esto lo que explica los esfuerzos de Eratóstenes o Hiparco hasta llegar a Marino y Ptolomeo por hallar ese método y ese vocabulario diferenciado del de otros géneros, y afrontar así de manera coherente los problemas que conlleva una descripción geográfica y etnográfica independiente. Pero dicho empeño choca con una geografía por lo general subordinada a la explicación histórica, y se enfrenta a la evidencia de que los debates teóricos interesan únicamente a unos pocos: la mayoría únicamente quiere entender de aproximaciones descriptivas e históricas, míticas o paradoxográficas, narrativas en suma; entre otras razones porque un espacio abstracto disociado del tiempo histórico es una eventualidad inconcebible para una esta elite cultivada, que sólo pretender aprender de las causas de los profundos y vertiginosos cambios que está viviendo, de los pueblos y estados que aparecen y desaparecen, de unas hegemonías que sustituyen a otras, o de realidades geográficas o etnográficas cambiantes, etc., pero no de elucubraciones teóricas sobre las formas y la dimensiones de la ecúmene en relación a la esfera terrestre u otras disquisiciones del mismo estilo (20).

III. En este ambiente hay que ubicar la obra de Polibio. Su obra es una historia universal ambiciosa, que él cree que no tiene precedentes en tanto que la situación histórica es extraordinaria —ya que por primera vez existe un imperio realmente ecuménico— (21), y que le obliga además a la reflexión más completa y enjundiosa sobre

la función, el método y el corpus de tradición de la disciplina histórica (22), muy en la línea de los nuevos usos metodológicos que se van imponiendo para todos los campos del saber, también para la historia o la geografía, como hemos visto. Cabría suponer que de la misma manera que se enfrenta a la evidencia de la universalidad del tiempo histórico, y para ello dedica un considerable esfuerzo teórico, ello le llevaría también y en paralelo a la consideración sobre la universalidad del espacio geográfico, y a una entrega reflexiva similar (23).



A pesar de que nuestro autor es plenamente consciente de que en las actuales circunstancias históricas de dominio romano se dan las condiciones para que se pueda dar un verdadero conocimiento geográfico, ya que es posible viajar sin peligro sin tener que contentarse con hacer simplemente una geografía de gabinete (24); y a pesar de que él mismo podría sin dificultad dedicarse a desdeñar con la fuerza de la autopsia lo que otros vienen diciendo sobre los extremos del mundo, ya que ha podido viajar por muchos de esos nuevos países (25); pero a pesar de ello —apunta Polibio—, las excepcionales circunstancias de estar asistiendo a la consolidación del primer imperio universal realmente efectivo, le obligan por el contrario a concentrar su empeño a la explicación de tan asombroso y único suceso (26). De hecho él mismo rechaza dejarse llevar por aspectos o polémicas geográficas no directamente relacionadas con el relato político-militar, o dedicarse a la descripción de lugares hasta hace poco desconocidos o envueltos en cierta aureola mítico-poética, y se remite a otro lugar, con el argumento de que nada debe desviarlo del contenido esencial de la obra (27).

Fig. 3. El mapa-mundi de Eratóstenes (18).

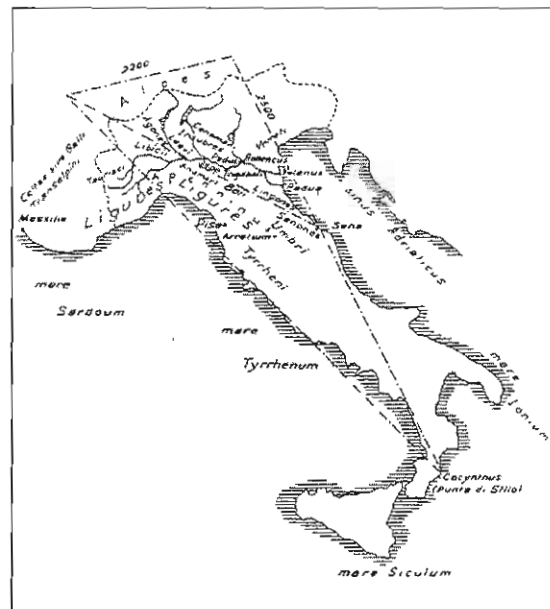
Fig. 4. Proyección de la esquematización triangular de Italia de Polibio (35).

Si de sus propias palabras cabe deducirse no sólo un interés y una curiosidad, sino también un conocimiento de los avances en la ciencia geográfica (28), no tenemos ante nosotros ni una abundante cavilación teórica sobre las virtudes de aquella dadas las nuevas necesidades historiográficas, como tampoco un desarrollo práctico exhaustivo. Por el contrario, la geografía que más abrumadoramente, y a la que le dedica en algunos casos descripciones minuciosas y por la que parece que está especialmente interesado, es la topográfica o corográfica, que está particularmente dedicada a contextualizar espacialmente el desarrollo de las batallas o las campañas militares; la mayoría de las veces que reflexiona sobre la necesidad de estar al día en el manejo de conceptos o términos geográficos, lo hace en relación al arte de la poliercética y a la formación adecuada de cualquier general que se precie (29).

Dentro de la estructura de la obra la inclusión de la argumentación o la descripción geográfica más general (aunque siempre corográfica) va apareciendo siempre que el relato histórico lo exige, y no antes, de manera que el lector va construyéndose el marco cartográfico o etnográfico que en cada ocasión se requiere hasta completar la estructura del edificio histórico. Así, la definición de Sicilia en relación a Italia y al Peloponeso griego precede a los sucesos de la Primera Guerra Púnica (30); la descripción de Italia y de la Galia Cisalpina antecede al largo relato de los precedentes del enfrentamiento galoromano (31); y antes de la guerra anibálica (el verdadero comienzo de la obra) se ve obligado a realizar un pequeño excursus sobre la dimensión y el reparto continental en la ecúmene para, a renglón seguido, ubicar a Europa y delinear la costa ibérica y gala, precisamente el camino que iría a recorrer Aníbal (32). De esta forma, los territorios regionales, peninsulares o costeros adquieren entidad con la presencia romana, que es el que los dota de naturaleza histórica y justifica su redelineación cartográfica.

Su delineación de Italia es un magnífico ejemplo de sus intenciones, su método y sobre todo sus preocupaciones didácticas («...para evitar que el desconocimiento de estas regiones convierta mi narración en algo vago e impreciso...» (33)), una verdadera novedad en este sentido. En el contexto de las guerras contra los galos tiene que aportar una idea sintética de Italia, simplificándola a partir de un triángulo cuya base sería el arco alpino, con los mares Tirreno y Adriático como lados, y cuyo vértice sería el cabo de Cocinto (hoy Punta Stilo); vertebrada transversalmente por los Apeninos, dentro de ella está la llanura padana —también

un triángulo—, con una personalidad geográfica propia a partir de la ordenación del territorio en torno al Po, y una etnografía característica dada por el asentamiento de los galos en sus valles (34) (vid. fig. 4).



En este, como en otros casos, denota un claro conocimiento del vocabulario y los usos descriptivos en lo que a geografía se refiere: la delineación cartográfica en torno a la línea de costa; los cabos como componentes discriminadores más importantes de dicha delineación; ríos y cadenas montañosas como articuladores de los territorios del interior; grandes agrupaciones étnico-territoriales cuando se trata de definir a los pueblos «indígenas» o «bárbaros»; y, además, se observa una clara preocupación pedagógica, ante la imposibilidad de reproducir físicamente el mapa junto al texto (36): de ahí el uso de símiles geométricos como el triángulo y las comparaciones entre unas zonas y otras (37), lo que implica —dicho sea de paso— el reconocimiento al lector de una importante capacidad de abstracción. Igualmente, aquí (como cuando delinea la Península Ibérica, el Ponto Euxino o Sicilia), traslada al texto los últimos datos empíricos provenientes de las campañas romanas, modificando substancialmente el diseño de la *esfrágide* occidental eratósténica.

No obstante de ello, y a diferencia de la tradición astronómico-matemática, esta serie de figuras no forman ni lo pretenden un todo armónico ni, menos aún, se enmarcan dentro de una parrilla de meridianos y paralelos susceptibles de ser modificados con nuevos datos: no dejan de ser meras simplificaciones de una representación regional, antes que una reflexión sobre la delineación de, al menos, el mediterráneo occidental en su con-

junto (38). De hecho, a la referencia de carácter general citada anteriormente (39), hemos de unir un único excursus de este tipo, en el que se hace eco más de los modelos de los antiguos mapas circulares de tradición jonia que las innovaciones que se vienen produciendo desde bastantes decenios de mano de Eratóstenes, su escuela y sus críticos (40). En esta breve exposición de la ecúmene el límite de la tierra habitada se señala a partir de los puntos solsticiales de levante y poniente, estableciendo un esquema tripartito de división continental claramente heleno y europecéntrico con los grandes ríos como frontera (Nilo; Tánaís) que nos conduce directamente a la cartografía jónica del tardoarcaísmo, y que está documentada en Hipócrates y Éforo. Igualmente, la traslación del curso superior del Tánaís hacia el noreste (41) y la identificación de los montes de la India con el Cáucaso (42) nos conduce a un cuadro del Asia central más propio de los historiadores de Alejandro que a las refutaciones eratósténicas de los mismos (43) (vid. Fig. 5 y cf. con Fig. 2 *supra*). El mismo reconoce que utiliza un lenguaje «simple y común a todos» (44), es decir, asume el 'código lingüístico' propio de la geografía elemental y popular, esto es, de la geografía jonia. En suma, en su obra no resulta contradictorio que coexistan la actualización de las esquematizaciones geométricas de sus predecesores con la fuerza de la inercia de la geografía pre-eratósténica; y ello es así porque ve innecesario —más allá de lo puramente informativo— profundizar en una geografía y una cartografía general y puesta al día (45).

Quizás por ello sería excesivo pensar —como ha hecho recientemente K. Clarke (47)— que la Geografía para Polibio tiene una naturaleza estructural al estar directamente relacionada con el proyecto consciente de Roma —tras Zama— por dominar la ecúmene mediterránea, aunque como un proceso progresivo de adición de partes (48). En primer lugar, carecemos de una reflexión explícita que asocie geografía e imperialismo / imperio, lo que no deja de ser paradójico en una obra que ahonda en la naturaleza del imperialismo (49); en consecuencia, no tenemos en su práctica geográfica una re-delineación cartográfica acorde con esta supuesta unificación política-territorial liderada por Roma.

Pero para aclarar todo esto, y ver realmente la naturaleza de su geografía, hay que entrar, aunque sea brevemente, en las características y la naturaleza de su Libro XXXIV, que ha sido considerado habitualmente como el libro geográfico polibiano por excelencia, donde reserva espacio para debatir con la tradición precedente y plantear sus alternativas. Desde la edición de

J. Schweighäuser (50) en el siglo XVIII, se han incluido las referencias geográficas que de manera explícita o no se atribuían a dicho libro dentro de un proyecto de revisión geográfica, al que en su momento Polibio se remitió. Este punto de partida se consolida definitivamente con el estudio de P. Pédech (51), que piensa que estamos ante una geografía completa al abarcar todas las cuestiones esenciales y candentes: una topografía de los continentes (orientación, contorno y límites de los continentes y países); una corografía de Europa (diseño general y descripción pormenorizada de sus pueblos y riquezas —Iberia y Mar Exterior—); y un relato de viaje de África.

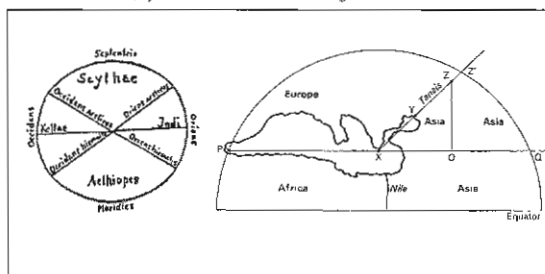


Fig. 5. Representación de la ecúmene para Éforo (frg. 30 J) —izquierda— y las dimensiones de Europa y Asia en comparación con Libia para Polibio (XXXIV 7.8) —derecha— (46).

Digamos de entrada que ubicar en un mismo libro todos los fragmentos geográficos no directamente relacionados con la historia factual —se atribuyan o no a aquél por el propio autor—, no deja de ser apriorismo al menos discutible y fundamentado en lo siguiente: Polibio estaría tan interesado en refutar la geografía eratósténica con una propia que reserva para ello en su obra un espacio físico, ubicado entre los relatos de finales de la Segunda Guerra Púnica y la Guerra de Segeda. Admitiendo que los fragmentos atribuidos al libro XXXIV sean efectivamente de éste, observamos por lo pronto que su contenido está dedicado abrumadoramente a la geografía occidental, siendo escasos los que se refieren a Grecia y el extremo mediterráneo oriental; cabría la posibilidad de que no fuese el «libro geográfico» sino, en todo caso, un excursus sobre la geografía occidental, la verdadera innovación de cara a su público (52).

Efectivamente: el mismo Polibio en algún momento de su obra se atribuye el honor de ser el verdadero descubridor de occidente, pues sólo a partir de la conquista romana se tiene un conocimiento veraz y autóptico de una zona que, además, él ha visitado personalmente (53). Obviamente una vez más detrás de todo ello está Timeo, quien hasta el presente había sido considerado el historiador que había abierto los ojos del mediterráneo occidental y de Roma al lector griego, también en lo que respecta a curiosidades de tipo geográfico y etnográfico (54). Para ello no tiene por menos que usar a Eratóstenes, al que en ocasiones critica por ser —como aquél— un geógrafo de gabinete, todo

lo contrario al método que el propugna Polibio. Si hace de la autopsia uno de sus principales instrumentos de crítica a Timeo, es obvio que a partir de su conocimiento directo de occidente sea también la geografía autóptica un motivo de reprobación del historiador de Tauromenio (55). Para ello confronta una corografía cartográfica y una etnografía descriptiva como la suya con una geografía fantástica o poco fundamentada; y para eso únicamente tiene que estar al tanto de los progresos en el conocimiento de la zonas y aplicar su propio análisis crítico al estudio geográfico, añadiendo frente a Timeo (el único que historiográficamente compite con él) sus propias correcciones a lo dicho por a Eratóstenes-Piteas sobre el mediterráneo occidental y central.

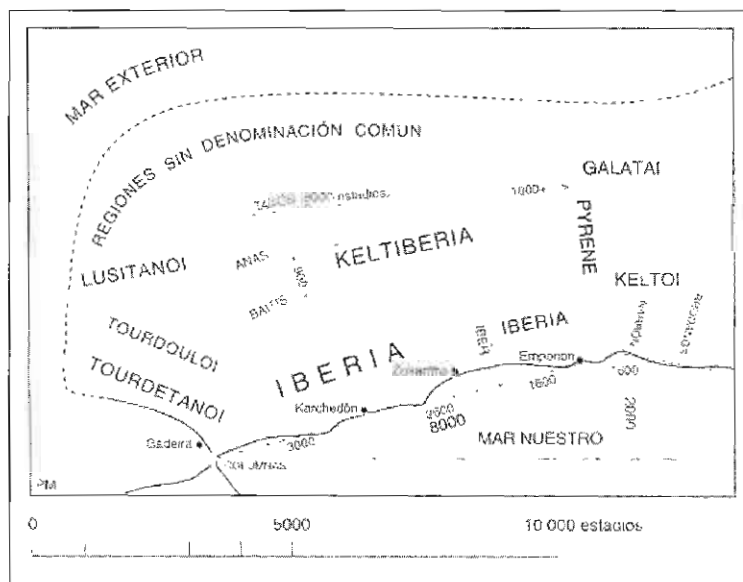


Fig. 6. Reconstrucción de la Iberia de Polibio (por cortesía de Pierre Moret).

Por tanto, y como antesala a la conquista definitiva de la Península Ibérica y la caída de Cartago, Polibio desarrolla en el Libro XXXIV un repaso a los aspectos geográficos más sobresalientes del centro y extremo occidente: la geografía de Homero y su lectura topográfica, las re-delineación del cuadrante occidental mediterráneo, la geografía de Iberia y la corrección de las distancias, los ríos y cadenas montañosas que la articulan y sus regiones y grupos etnográficos más importantes. Y es tan lícito defender a esta como la explicación última de la existencia y elaboración del debatido libro XXXIV como todo lo contrario. Y aunque no tenemos ninguna duda de la importancia de su geografía occidental —como ya hemos desarrollado en otro lugar para el caso peninsular (56)—, ya que la limpia de mitos y viejas historias fantásticas, y aporta la primera etnografía seria de la misma, habría que matizar la trascendencia en lo que a la geografía se refiere del conocido Libro XXXIV.

Si albergamos serias dudas de que su Libro XXXIV constituya un «manual de geografía», ¿cuál es la naturaleza de su geografía en el contexto de su Historia? Veámoslo con un ejemplo. Si se disponen de manera consecutiva todas las referencias a la Península Ibérica se puede observar que su descripción geográfica está condicionada por el proceso histórico: así, la Iberia anterior a la Primera Guerra Púnica es aquella que se corresponde al dominio o la hegemonía bárcida, esto es, la costa mediterránea (57); el resto («la parte que avanza hacia el Mar Exterior») no es que no exista geográficamente sino que no interesa porque todavía «no tiene denominación común por haberse descubierto recientemente: toda ella está habitada por tribus bárbaras y muy pobladas de las que más tarde haremos particular mención» (58). La aceptación de su peninsularidad, y la integración de los territorios de interior agrupados bajo términos etno-geográficos aglutinantes —lo que era geográficamente habitual— como «celtiberia-celtíberos», «lusitania-lusitanos» o «turdetania-turdetanos» se lleva a cabo finalizada la Segunda Guerra Púnica, cuando Roma tiene los primeros problemas con sus antaño aliados ibéricos y comienza a poner los ojos en el interior meseteño, y es lo que desarrolla en los libros XXXIV y XXXV. Evidentemente Polibio no desconocía ni la forma ni las características de Iberia cuando comenzó a redactar su obra, máxime cuando se observa una última revisión que le llevó —previsiblemente— a ampliarla hasta la caída de Cartago-Numancia (59). Pero, condicionado por su lógica histórica, sus distintas partes únicamente le van interesando en la medida en que los territorios se van definiendo (por el nombre) e integrando (por las circunstancias) gracias a la conquista romana: es ésta la que les da carta de naturaleza histórica y también geográfica. Son los procesos de cohesión y homogeneización política, territorial y poblacional (y en este caso resultado de una conquista) los que marcan la transición de zonas de «sin» a «con» entidad geográfica e histórica suficiente (60). La Iberia polibiana es claramente la de un espacio político en construcción (vid. fig. 6).

IV. Pero volvamos al principio y saquemos algunas conclusiones. Si hemos usado a Polibio como ejemplo es precisamente porque alrededor de éste se ha elaborado todo un mito no sólo como historiador, sino que también como geógrafo. A algunos les parecía imposible que, significando lo que significó en el campo de la reflexión historiográfica, no diese el gran «salto adelante» en cuanto al papel de la geografía en la historia, como precedente de la obra estraboniana, y más teniendo en cuenta el avance de la disciplina geográfica per se. Hemos

visto que desde la perspectiva de la ciencia geográfica alejandrina, Polibio no es precisamente ningún avance, por más que P. Pédech (61) se empeñe en cuadrar eratósténicamente sus construcciones cartográficas. Pero eso es, como venimos diciendo, un planteamiento erróneo de la cuestión.

Porque el problema no es si el Libro XXXIV —por desgracia conservado muy fragmentariamente, lo que ha dado pie a tanta especulación— es una refutación o no de Eratóstenes, sino en qué medida y cómo en la tradición de la geografía histórica influye o no la geografía de naturaleza matemática. Y cabe concluir, con Polibio, que el carácter eminentemente histórico que tienen los griegos del espacio geográfico hace imposible una separación tajante entre Geografía e Historia. Polibio no puede obviar los avances cualitativos y cuantitativos que desde Eratóstenes en adelante se están produciendo en el conocimiento del conjunto de la ecúmene, sobre todo en lo relativo a sus extremos; entre otras razones, porque tampoco puede olvidar ni quiere el salto que en este sentido se produce con Roma: la delineación de la Península Ibérica e Italia, y la refiguración del conjunto del mediterráneo occidental, son precisamente los resultados de reajustar los esquemas anteriores a partir de la experiencia empírica de la conquista. En este sentido, Polibio se suma a la contemporaneidad de la geografía que con ahínco defendía Eratóstenes, hasta el punto que una de las intenciones del Libro XXXIV es corregir en parte a éste último. Tampoco quiere escaparse de muchas de las virtudes del método matemático: la simplificación geométrica y las posibilidades de rectificación que aquél comporta. La importancia de la geografía hace que Polibio no la relegue a simples comentarios a pie de página: a partir de la experiencia empírica de la conquista, y desde una perspectiva odológica y cualitativa del espacio —y aquí enlaza con la praxis herodotea— readapta parcialmente el modelo alejandrino (62).

Pero en lo que nunca seguirá Polibio a Eratóstenes es en concentrar parte de su esfuerzo en la *geographía* del mapa; y no sólo por un motivo práctico sino sobre todo metodológico: mientras con esto el Alejandrino aleja la descripción del espacio de la realidad política, el Megalopolitano nunca se despega de su consideración histórica. Con ello reduce en un elemento historiográfico ya tradicional: la naturaleza esencialmente histórica de la geografía, asumiendo los progresos en su elaboración y rectificación que le son útiles y precisos historiográficamente hablando. Por eso, aún siendo consciente de la nueva dimensión

geopolítica que se introduce con el dominio romano sobre la práctica totalidad del mediterráneo (63), la geografía no constituye una explicación causal de la hegemonía romana comparable a los *nómoi* de los romanos, verdadera clave de su victoria. Ni tampoco se preocupa de ir más allá en la refutación eratósténica de aquello que realmente le interesa: la «situación actual de los lugares y de las distancias» (*corographia*) (64), es decir, las nuevas dimensiones de los espacios regionales recién conquistados y en fase de romanización. Y en esto no sólo está atendiendo a las exigencias de un público al que los avances de la ciencia alejandrina le serían extraños y difíciles de entender, sino también a la tradición de la disciplina histórica desde Heródoto en adelante. Aquí se da, por tanto, una síntesis dialéctica entre tradición e innovación, entre praxis y teoría, que está en la propia naturaleza de la ciencia geográfica, siempre adaptándose a las nuevas exigencias de la Historia como disciplina. Cualquier debate sobre «Polibio geógrafo» debe pasar por aquí, y no por el filtro de la visión eratósténica: este último es un punto de vista viciado de origen.

Y, precisamente, para rematar, saltemos un momento a Estrabón, el mejor ejemplo de lo que estamos diciendo: su Geografía y su «manifiesto del geógrafo» constituye una síntesis de la mejor Geografía contextualizada históricamente o, si se quiere, de la mejor Historia contextualizada geográficamente y por ello un *unicum* en la producción literaria antigua. En el marco de la *pax augustea* y la euforia de la romanización, se va creando en ambientes intelectuales la necesidad de una nueva visión global de la ecúmene geográfica, un correlato textual del mapa que Agripa había hecho colocar en el Pórtico de Octavia. Pero dicha redefinición no tiene sólo como eje central la revisión del mapa de Eratóstenes, que Estrabón entiende incluso mal, sino sobre todo la redefinición histórico-geográfica de los nuevos límites de la civilización augustea, uniendo pasado y presente en un *continuum* histórico donde el mediterráneo es el marco que sirve de nexo (65). Lo que se podía intuir con Polibio está plenamente desarrollado en Estrabón: éste cierra con Roma la naturaleza histórica del espacio, haciéndolo inmutable. No lo sabemos, pero posiblemente esta sea la razón del éxito de su *Geografía* entre los bizantinos y de la pérdida de sus *Comentarios históricos*, que precisamente continuaban a Polibio: el que aquella constituía verdaderamente una historia universal del espacio mediterráneo, contando con el inestimable precedente polibiano (66).

NOTAS

- (*) Este trabajo se enmarca en el proyecto de investigación HUM 2004-02609 /HIST del Ministerio de Educación y Ciencia y en el Grupo de Investigación Hum. 394 de la Consejería de Educación de la Junta de Andalucía.
- (1) Vid. para el cambio cultural helenístico a Ch. Jacob, «La mémoire graphique en Grèce ancienne», *Traverses*, 36, 1986, pp. 61-66; Id., «Introduction. Aux origines du rêve encyclopédique» y «La bibliothèque et le livre. Formes de l'encyclopédisme alexandrin», *Diogene (Questions de savoirs)*, 178, Avril-Juin, 1997, pp. 3-7 y 64-85 respectivamente; recientemente y en general L. Casson: *Las bibliotecas del mundo antiguo*, Bellaterra, Barcelona, 2003, p. 41 ss.
- (2) Atraso que podía verse, según este argumento, en el éxito de los mapas alargados monumentales y pictográficos o los circulares en T-O en paralelo al abandono de la cartografía matemática tras Ptolomeo. En este sentido, este es el planteamiento que sobrevuela en la conocida (y por otro lado magnífica) obra de J.B. Harley & D. Woodward (Eds.), *The History of Cartography 1: Cartography in Prehistoric, Ancient, Medieval Europe and the Mediterranean*, Univ. Chicago Pr., Chicago, 1987. Para una breve evolución de la cartografía desde un punto de vista más cultural véase Ch. Jacob, «Inscrivere la terra abitata su una tavoletta. Riflessioni sulla funzione delle carte geografiche nell'antica Grecia», en M. Detienne (Ed.), *Sapere e scrittura in Grecia*, Laterza, Roma-Bari, 1989, pp. 151-178.
- (3) Una crítica todavía actual a este punto de vista modernizante en Ch. Jacob & G. Mangani, «Nuove prospettive metodologiche per lo studio della Geografia del mondo antico», *QS*, XI.21, 1985, pp. 37-76. Es especialmente interesante en relación a una visión «deconstructiva» de la geografía antigua Ch. Jacob, «La diffusion du savoir géographique en Grèce Ancienne; archaïsme et innovation, mythe et science spécialisée», *Géographie et Cultures*, 1, 1992, pp. 89-104; *cit.*, pp. 96-7 viene a concluir, a este respecto, que la cartografía científica tiene un peso muy débil en la construcción de la imagen del mundo de los griegos cultivados de época helenístico-romana, precisamente serán las obras de un Pausanias, de un Luciano o un Dionisio Periegeta las que se transmitirán y conservarán, frente a Eratóstenes, Hiparco, Posidonio o Marino de Tiro —dejando a un lado la «contingencia» de Ptolomeo—. Si el mapa alejandrino posee un peso específico sólo en el campo de la erudición científica, ¿no estaremos sobrevalorando su importancia a la hora de determinar la concepción del mundo?
- (4) *Herodotus father of history*, Oxford, 1953 [Clarendon Press, Oxford, 1999].
- (5) «An attempt to reconstruct the maps used by Herodotus», *Geogr. Jour.*, VIII, 1896, pp. 605-631 y más general «Erodoto geografo», en F. Frontera (Ed.), *Geografia e geografia nel mondo antico. Guida storico critica*, Laterza, Roma-Bari, 1983, pp. 115-134 [existe reedición de 1990].
- (6) Véanse, por ejemplo, estos dos mapas: la reconstrucción de E.H. Bunbury (*A History of Ancient Geography*, vol. I, John Murray ed., Londres 1879 [reimp. Nueva York, 1959], pp. 172-73, lám. III) —arriba— y la de Ch. Jacob (*Géographie et Ethnographie en Grèce ancienne*, Armand Colin, Paris 1991, p. 50) —abajo—. en el primero no deja de estar presente una clara traslación de nuestro mediterráneo al pasado, lo que termina por transmitir una visión idealizada de la ecúmene herodotea; en el segundo quedan evidentes, por el contrario, los sistemas constructivos del historiador de Halicarnaso: líneas simétricas que se trazan entre puntos sobresalientes de la navegación costera; formas que dibujan una aproximación geométrica a la realidad y que construyen un mapa a manera de piezas que van finalmente encajando; la simetría y la analogía/oposición como los dos elementos que definen la arquitectura del mapa. El primero, como se supondrá, ha sido repetido una y otra vez en manuales de geografía anagua y en obras sobre Heródoto en particular, contribuyendo de manera sobresaliente a consolidar esa imagen modernizante de la geografía herodotea, como colofón de la revolución colonizadora griega, el segundo apenas se conoce en círculos muy especializados de estudio de geografía antigua.
- (7) Cf. HDT., IV 36.1. AGATHEM., 1.2. Vid., P. Caprés-Torres & G. Cruz-Andreotti, «El diseño de un espacio político: el ejemplo de la Península Ibérica», en A. Pérez Jiménez & G. Cruz-Andreotti (Eds.), *Los Límites de la Tierra: El espacio geográfico en las culturas mediterráneas. Serie Mediterránea*, n.º 3, Ed. Clásicas, Madrid, 1997 [1998], pp. 107-145, *cit.*, pp. 118-29 y G. Cruz-Andreotti, «Iberia e Iberos en las fuentes histórico-geográficas griegas: una propuesta de análisis», *Mainake*, XXIV, 2002, pp. 153-180, *cit.*, pp. 159-65 para Hecateo, Heródoto, el fenómeno colonial y el avance de la geografía y occidente.
- (8) Bunbury, *ob. cit.*, n.º 6, pp. 148-49, lám. II.
- (9) *La Mappa e il Periplo. Cartografia antica e spazio odologico*, G. Bretschneider ed., Roma, 1984.
- (10) Cf. HDT., IV 36-42. F. Frontera, «Sobre la delineación de Asia en la geografía helenística», en *Otra forma de mirar el espacio: Geografía e Historia en la Grecia antigua*, CEDMA, Málaga 2003, pp. 65-85, *cit.*, pp. 67-73. En la fig. 1 puede verse perfectamente un ejemplo del mecanismo constructivo, siguiendo el mapa de Jacob los puntos de cambio de ruta del viaje costero marcan los trazos lineales del mapa, perfilándose las penínsulas como elementos sobresalientes que se proyectan sobre el mar, al interior serán los ríos y —en la medida que se conozcan— las cadenas montañosas o los grupos étnicos los que marcarán la delimitación de un mapa que adquiere así forma, evidentemente muy esquemática y en clara simetría entre ambas vertientes del mediterráneo, que se ve así cortado por una línea imaginaria que parte de las Columnas de Heracles y termina en el Tauro.
- (11) P. Janni, «Il mondo della qualità. Appunti per un capitolo di storia del pensiero geografico», *AFON*, 33, 1973, pp. 445-500.
- (12) Merece la pena reproducirlo: «ESTREPSÍADES: Y esto ¿qué es?, DISCÍPULO: Geometría; E: y ¿para qué sirve ello?; D: para medir la tierra, E: ¿la que se distribuye en lotes?; D: no, sino la tierra entera, E: es encantador lo que tu dices. La idea es democrática y útil; D (enseñándole un mapa): he aquí el perímetro de toda la tierra. ¿Ves? Aquí está Atenas; E: ¿qué es lo que dices? No creo nada de ello, no veo, en efecto, jueces reunidos para la sesión; D esto, en verdad, representa el terruño ático; E: y ¿dónde están los de Cycinna, mis compañeros de demo?; D: allí están; y la isla de Eubea, como puedes ver, está aquí, tendida de lado, todo a lo largo, muy lejos; E: lo se; la hemos estirado demasiado, nosotros y Pericles. Y Lacedemonia, ¿dónde está?; D: ¿dónde está? Hela aquí; E: ¡que cerca está de nosotros! Procurad separarla de nosotros bien lejos; ...» *Nub. vv. 200-17* (trad. de F. Samaranch: Aguilar, Barcelona 1979)
- (13) Recientemente: J. Romm, *Herodotus*, Yale Univ. Press, New Haven & Londres, 1998, p. 77 ss.

- (14) A. Dihle, *I Greci e il mondo antico*, Giunti, Florencia, 1997, especialmente caps. I y III
- (15) Vid. n. 1.
- (16) Fundamental. G. Aujac, *Strabon et la science de son temps*, Belles Lettres, París, 1966, p. 149 ss.
- (17) Vid. F. Prontera, «Las bases empíricas de la cartografía griega», en *ob. cit.*, n.º 10, pp. 27-45, *cit.*, pp. 31-36. También recientemente una síntesis clara y con textos en G. Aujac, *Eratosthène de Cyrène, le pionnier de la géographie*, Éditions du C.T.H.S., París, 2001, p. 65 ss. (en extenso en *ob. cit.*, n.º 16)
- (18) Aujac: *Eratosthène de Cyrène...*, *ob. cit.*, n.º 17, p. 81.
- (19) F. Prontera, «Prima di Strabone: materiali per uno studio della Geografia antica come genere letterario», en Id. (ed.), *Strabone Contributi allo studio della personalità e dell'opera*, vol. I, Univ. di Perugia, Perugia, 1984, pp. 189-259, *cit.*, pp. 212-215.
- (20) Vid. Jacob, «La diffusion du savoir géographique en Grèce Ancienne...», *art. cit.*, n.º 3.
- (21) PLB., III 1 1-5 Para los textos de Polibio usamos dos traducciones: la de A. Diaz-Tejera, CSIC, Madrid 1972-1995 (libros I a IV) y F. Balasch-Recort, Gredos, Madrid, 1981-1983 (libros V ss.).
- (22) PLB., III 32, V 31, 33, etc.
- (23) Los estudios polibianos son numerosísimos, pero consideramos aún imprescindibles: P. Pédech, *La méthode historique de Polybe*, Belles Lettres, París, 1964; F.W. Walbank, *Polybius*, Univ. of California Press, Berkeley-Los Angeles-Londres, 1972 [1990], así como una recopilación reciente de sus trabajos sobre el autor en *Polybius, Rome and the Hellenistic World*, Camb. Univ. Press, Cambridge, 2002 y D. Musti, *Polibio e l'imperialismo romano*, Liguori, Nápoles, 1978. Y en su contexto histórico: J.L. Ferrary, *Philhellénisme et Imperialisme Aspects idéologiques de la conquête romaine du monde hellénistique, de la seconde guerre de Macédoine à la guerre contre Mithridate*, École Française de Rome, Paris-Roma, 1988, *cit.*, pp. 264-348 y E. Will, *Histoire politique du monde Hellénistique (323-30 av. J.-C.)*. Tome II, *Des avènements d'Antiochos III et de Philippe a la fin des Lagides*, Faculté des Lettres et des Sciences Humaines de l'Université de Nancy, Nancy, 1967, p. 203 ss.
- (24) PLB., III 58-59.1-6; IV 40.2.
- (25) PLB., III 59 7-8
- (26) PLB., III 1.1-5, entre otros.
- (27) PLB., III 57.2-6. refinándose precisamente a la «geografía» del extremo occidente. Vid. Pédech, *La méthode historique...* *ob. cit.*, n.º 23, pp. 529-555
- (28) Esta voluntad de geógrafo polemista en relación a la situación de desconocimiento generalizado que se tenía en los momentos anteriores a la conquista romana ya es destacada como un factor central por G. Zecchini, «Teoría e prassi del viaggio in Polibio», en G. Camassa & S. Fasce (Eds.), *Idea e realtà del viaggio. Il viaggio nel mondo antico*, Edizioni culturali internazionali, Génova, 1991, pp. 111-141, *cit.*, p. 112.
- (29) Dos referencias fundamentales: «No creo que nadie, razonablemente, nos pueda objetar que exigimos demasiados conocimientos en el arte de la estrategia por el hecho de que se pidan unas nociones de astronomía y de geometría en los que aspiran al generalato. Personalmente desprecio sobremanera lo que se añade superfluamente a una disciplina sólo por ostentación y charlatanería, y lo mismo hago con lo que rebasa el grado de conocimientos que en verdad se necesita; en cambio, lo que es indispensable lo tengo en gran estima, me interesa enormemente» (IX 2.5-6) «De la misma ma-
nera la ciencia histórica ofrece indudablemente tres modalidades. La primera consiste en un examen cuidadoso de las fuentes documentales y en la yuxtaposición de los datos que suministran. La segunda, en la inspección de las ciudades y de los parajes por donde discurren los ríos y los puertos. En general, se deben observar las peculiaridades y las distancias que hay por tierra y por mar. El tercer tipo lo da el conocimiento de la actividad política» (XII 25e.1).
- (30) PLB., I 41 7-42.
- (31) PLB., II 14 a 16
- (32) PLB., III 36 a 38. Para la terminología polibiana de la geografía precisamente como una topografía y no una geografía *vid.*, P. Pédech, *La géographie des Grecs*, Presses Universitaires de France, París, 1976, pp. 5-6.
- (33) PLB., V 21.4; palabras similares en III 36 1.
- (34) PLB., II 14. 4-12. Para la etnografía *gala vid.* II 15 ss
- (35) Según M. Ninck, *Die Entdeckung von Europa durch die Griechen*, Benno Schwabe & Co., Basel, 1945.
- (36) «Para evitar que el desconocimiento de estas regiones convierta mi narración en algo vago e impreciso, se debe explicar su naturaleza y su configuración. Esto es lo que pretendemos hacer a lo largo de toda la obra: unir y establecer como un paralelo entre los lugares desconocidos y los que tradicionalmente nos son familiares. La diversidad de los accidentes geográficos son causa de las derrotas en la mayoría de las batallas, tanto terrestres como marítimas; por otro lado, lo que todos deseamos saber no es tanto lo que ocurrió, sino cómo ocurrió. De manera que no se debe descuidar la descripción de los lugares en ninguna acción, y mucho menos bélica, ni hay que ser remiso en tomar como puntos de referencia puertos, mares o islas, o, a su vez, de otro modo, templos, montañas, regiones o topónimos, y, finalmente, los puntos cardinales, pues éstos son lo más familiar a los hombres. En efecto, sólo así es posible proporcionar a los lectores un conocimiento de lo que de otro modo ignorarían. Es algo que ya declaramos más arriba» PLB., V 21.4-10.
- (37) Por ejemplo: «En su conjunto, Sicilia, por su posición, está dispuesta respecto a Italia y sus remates de manera similar a la posición del Peloponeso respecto al resto de la Hélade y sus salientes, pero se diferencian entre sí solamente en esto, en que aquella es isla y ésta Península; pues el espacio intermedio en un sitio es transitable y en el otro es navegable...» PLB., I 42 1
- (38) Cf. para todo ello F. Prontera, «La geografía de Polibio: tradición e innovación», en *ob. cit.*, n.º 10, pp. 141-149, *cit.*, pp. 146-147
- (39) PLB., XII 25e.1 *cit.*, n.º 29: es evidente que aquí asocia «geografía» —término que, por cierto, no usa— con la topografía de los territorios y las distancias entre puntos, tal como si de un general se tratase (*vid.* Prontera. «La geografía de Polibio tradición e innovación», *art. cit.*, n.º 38, p. 145).
- (40) Se trata de PLB., III 36-38.
- (41) PLB., XXXIV 7.9.
- (42) PLB., II 34 2
- (43) Seguimos a F. Prontera, «APXAIOTI ΠΙΝΑΚΕΣ nella geografia di Polibio», en S. Bianchetti et alii, ΠΟΙΚΙΛΙΑ. *Studi in onore di Michelle R. Cataudella in occasione del 60º compleanno*, Agorà Edizioni, La Spezia, 2001, pp. 1061-1064 y a F.W. Walbank, «The Geography of Polybius», *Classica et Mediaevalia*, IX, 1948, pp. 155-182, *cit.*, pp. 175-79.
- (44) PLB. III 36.6-7, 37.1.
- (45) Prontera: «APXAIOTI ΠΙΝΑΚΕΣ...», *art. cit.*, n. 43, p. 1064.
- (46) En K. Miller: *Mappae Mundi*, Vol. VI, Jos. Roth'sche Verlagshandlung, Stuttgart, 1898, p. 48 y F.W. Walbank, *A His-*

- tological Commentary on Polybius*, Vol. III, Clarendon Press, Oxford, 1979, p. 597 respectivamente
- (47) *Between Geography and History. Hellenistic Constructions of the Roman World*, Clarendon Press, Oxford, 1999, pp. 81-97; siguiendo a Pédech y en menor medida a Walbank.
- (48) *Ibid.*, p. 114 ss. Planteamiento similar en G. Schepens, «Between Utopianism and Hegemony. Some reflections on the Limits of political Ecumenism in the Graeco-Roman World», en L.A. Foresti, A. Barzano, C. Bearzot, L. Prandi & G. Zecchini (Eds.), *L'Ecumenismo politico nella coscienza dell'Occidente*. Vol. II *Alle radici della casa comune Europea* (Atti del Convegno di Bergamo, 18-21 settembre di 1995), L'Erma di Bretschneider, Roma, 1998, pp. 135-42 y J.G. Texier: «Polybe Géographie», *DHA*, 2, 1976, pp. 395-411, *cit.* pp. 398-400.
- (49) A excepción —si así puede considerarse— de la interesante asociación entre espacio natural y dominio político que está detrás de la siguiente referencia: «yo hubiera querido —dice Anibal— que ni los romanos hubieran codiciado nunca algo fuera de Italia ni los cartagineses fuera de Libia. Para ambas potencias son estos los más hermosos dominios, delimitados, por decirlo así, por la naturaleza» (PLB. XV 6.4-5; *cf.* con la homogeneidad geográfica de Italia descrita en PLB., II 14. 4-12 *cit. supra* y Fig. 4) ¿Se incluye Sicilia en el «dominio natural» romano? A tenor de lo expuesto en PLB., I 41.1 ss. *cit. supra* n. 37 evidentemente sí. Igualmente, cuando está discutiendo la responsabilidad de la segunda guerra púnica, considera Polibio que no cabe interpretar de los acuerdos de paz que pusieron fin a la primera que Roma podría anexionarse Cerdeña como de hecho hizo, ya que ésta no se encuentra en su espacio natural: PLB., III 23.5-6; III 27.1-2; 7-8, 28.1; (*cf.* un argumento similar en el reproche que le hace Antíoco a Lucio Cornelio de «inmiscuirse en los asuntos de Asia, cuando él no lo hace en los de Italia» —XVIII 51 2—, aquí la cordillera del Tauro funcionaría como frontera político-geográfica sobresaliente: PLB., XXI 14, entre otras). Ya Musti (*ob. cit.* n. 23, p. 57 ss.) demostró en su día que (no sin problemas) éstas y otras referencias habrían de verse más desde la perspectiva de un modelo analítico griego (el de sucesión de hegemonías interestatales) que de un imperio territorial
- (50) *Polybii Megalopolitani Historiarum quidquid superest*, VIII.1, Leipzig, 1795, p. 105 ss.; *cf.* en esta misma línea a H.B. Magdeburg, *De Polybii re geographica*, Universitát, Halle 1873 y M.C.P. Schmidt, *De Polybii Geographia*, Diss., Universitát, Berlín 1875, entre otros.
- (51) «La géographie de Polybe: structure et contenu du Livre XXXIV des Histories», *Les Ét.Cl.*, XXIV1, 1956, pp. 3-24, *cit.* pp. 3-7; más cauto Walbank, «The Geography of Polybius» .. *art. cit.* n.º 43, pp. 181-82.
- (52) El debate sobre la ordenación de los fragmentos y la característica del Libro XXXIV en Ch. Van Paassen, *The Classical Tradition of Geography*, J.B. Wolters, Groningen 1957, pp. 169 y 310 ss. Para esta última propuesta ya A. Schulten, «Polybius und Posidonius über Iberien und die iberischen Knege», *Hermes*, 46, 1911, pp. 568-607, *cit.*, p. 568. Otra cosa son las excesivas atribuciones a Polibio apuntadas por el hispanista alemán: una crítica y síntesis en L. García-Moreno, «Polibio y la creación del estereotipo de lo hispano en la etnografía y la geografía helenísticas», *Polis*, 14, 2002, pp. 127-146, particularmente p. 130 ss.
- (53) PLB., III 59 3-8.
- (54) Hablando de Timeo y el método: XII 4e 2-5; 25e. entre muchos. *Cf.* A. Momigliano, «Atenas en el siglo III a.C. y el descubrimiento de Roma en las historias de Timeo de Tauromenio», en Id., *La Historiografía Gnega*, Crítica, Barcelona, 1984, pp. 195-225.
- (55) Evidentemente, la geografía es también un argumento más para que Polibio arremeta desde su concepción de la «historia pragmática», aquella que atiende a los hechos memorables y útiles para el hombre de gobierno, contra toda aquella «historia trágica» que únicamente se fija —según él— en lo anecdótico y superficial buscando impresionar al lector. Me remito para profundizar en esta «dicotomía» a J.Mª. Candau-Morón. «La historia como espectáculo. Sobre algunas tendencias de la historiografía helenística», en A. Pérez Jiménez & G. Cruz Andreotti (Eds.), *La Verdad Tamizada. Cronistas, Reporteros e Historiadores ante su Público*, Ediciones Clásicas & Charta Antiqua, Madrid-Málaga, 2001, pp. 69-86 con múltiples referencias a la posición de Polibio.
- (56) G. Cruz-Andreotti, «Polibio y la geografía de la Península Ibérica: la construcción de un espacio político», en J. Santos & E. Torregaray (Eds.), *Polibio y la Península Ibérica*. (Revisión de Historia Antigua IV. 20 y el 22 de noviembre de 2000). Servicio de Publicaciones de la Universidad del País Vasco, Vitoria-Gasteiz, 2004, en prensa.
- (57) PLB., III 37.10.
- (58) PLB., III 36.11.
- (59) *Vid.* Zecchini: *art. cit.*, n.º 28, pp. 129-132
- (60) Esta estructura de la geografía ibérica de Polibio subordinada al avance de Roma que, de esta forma, condiciona la organización de la información ya fue intuida por un antiguo trabajo de J. Martínez-Gázquez, «Limitaciones del concepto de Iberia en Polibio», en *Actas del Vº Congreso español de Estudios Clásicos*, Sociedad Española de Estudios Clásicos, Madrid, 1978, pp. 803-808. En extenso en nuestro *art. cit.*, n.º 56.
- (61) *La méthode historique*. . *ob. cit.*, n.º 23, p. 590 ss
- (62) Prontera, «La geografía de Polibio: tradición e innovación», *art. cit.*, n.º 38, pp. 143 y 146-48.
- (63) PLB., I 1.5; 4.1 ss., III 3.9.
- (64) PLB., XXXIV 1.3-6.
- (65) A.Mª. Biraschi & G. Maddoli, «La geografía: Strabone e Pausania», en G. Cambiano, L. Canfora & D. Lanza (Dirs.), *Lo Spazio Letterario della Grecia Antica*. Vol. I. *La produzione e la circolazione del testo*. Tome 3 *I Greci e Roma*, Salerno editrice, Roma, 1994, p. 181 ss.
- (66) Intuido magistralmente por M. Dubois, «Strabon et Polybe», *Revue des Études Grecques*, 4, 1891, pp. 343-356, *cit.*, p. 348 ss.